



rencia de los jardines sombríos como pasiones, del Ponte Vecchio abrumado de vida humana, la Florencia hoyada, recorrida, pisada, mancillada y cuya pureza permanece imperturbable.

Florencia es el ideal de aquel ranchero que quería que las ciudades las hicieran en el campo. Las villas que la rodean son la más pura expresión de esa aristocracia de lo rústico que para mí es la única inteligible. Toda ella es como esas villas: no ha desplazado a la campiña, sino que se ha instalado en ella. La ciudad misma como tal es rústica, es arquitectura de campo o de ribera, con un par de terroso de hierba seca, grandes aleros cuya línea tiene una elegancia de golondrina que sólo se entiende en el aire fresco del campo. Las casas y hasta algunos palacios tienen algo de grandes carretas de bueyes, parece que dentro va a haber heno y espliego. Los atardeceres, las nubes, las lluvias tampoco son del todo urbanos.

Para mí este carácter campestre es importantísimo; es lo que hace que la hermosura de Florencia no sea la de una ciudad, sino la hermosura del mundo. No es sólo algo que nos guste, es algo también que deja el corazón herido, un exceso doloroso de dulzura, un enamoramiento. Como expresión de esta hermosura y de este amor, la gracia melancólica de Florencia tiene otro sentido. No es casual que los grandes enamorados de la vida y de la hermosura del mundo, del Arcipreste a Lope, de Villon a Apollinaire, de Shakespeare a Hölderlin o de Carducci a Ungaretti tengan siempre como un fulgor de melancolía. Es este exceso mismo de la hermosura y de la dulzura que ante ella nos invade, que no nos cabe en el pecho y lo dilata en suspiros. Porque la hermosura no es sólo una promesa de felicidad, sino ante todo una imperiosa exigencia de felicidad. La hermosura de Florencia es de esta estirpe; despierta una alegría insobornable, irrenunciable, que brilla lo mismo en la risa que en la tristeza. La exigencia de la alegría es la exigencia de decir sí, y es desgarradora porque nunca podremos decir sí del todo, sin sombra y sin resquicio. Nos es imposible amar la vida en todas sus formas, aunque esto tal vez no sea por moral, sino precisamente el origen de la moral.

Pero esta vergüenza de que hablaba al principio es en realidad metafórica; es más bien una tentación de vergüenza, un momento de vacilación, una duda. En Florencia, como en todos los sitios donde la hermosura se despliega en su espléndida desnudez, todos los arrepentimientos palidecen. En esos momentos, aunque luego se desvanezca, una evidencia nos deslumbra: que no debemos nunca avergonzarnos de la alegría y de la dicha, que son injustas, pero sin las cuales nada, ni la justicia misma, tiene sentido.

ARTES PLASTICAS

LA LIBERTAD DE LOS CEVALLOS

Por Justino FERNANDEZ

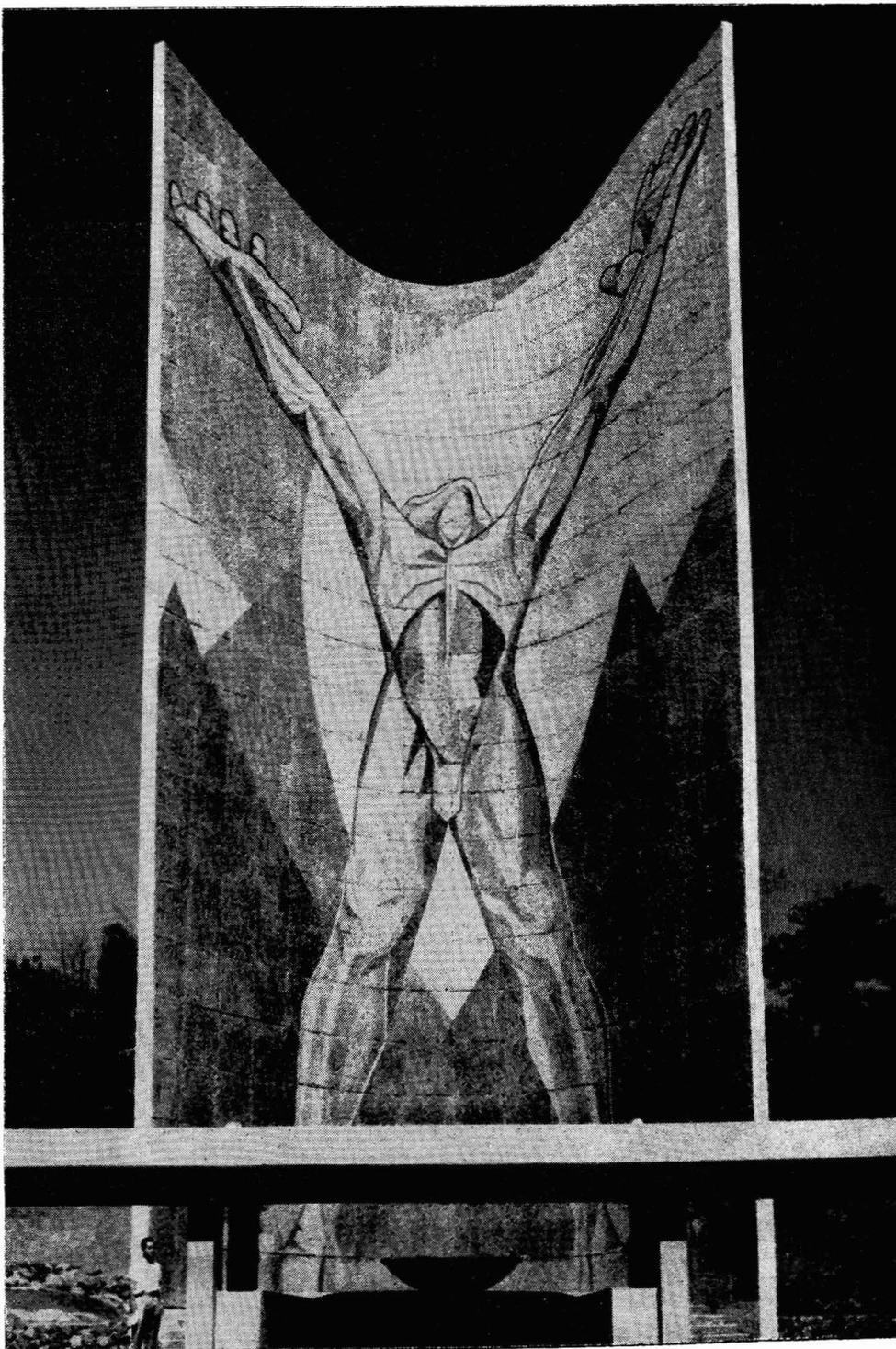
Lo conocí cuando era más verde de lo que aún es; pero ha ido madurando. Solía venir a mis clases, en "Mascarones", y me atrajo su aire romántico. Después me enteré quién era y un día me mostró algo que había escrito, algo atroz por lo descarnado, pero fuerte y que daba idea de sus inquietudes. Pensé que había heredado el genio de su padre. No lo volví a ver.

Más tarde supe que se había casado y que estaba en El Salvador, su mujer era de aquellas tierras. Todavía transcurrió el tiempo antes de tener noticias tuyas, a través de su padre, quien me mostró algunas fotografías a color de un mural que había realizado la joven pareja: Violeta y Claudio Cevallos. El intento y el esfuerzo eran buenos, pero no alcanzaba aquello la calidad que era de desearse,

sin embargo, mostraba las capacidades de esos artistas. Y pasó el tiempo.

Nuevamente aparece Claudio Cevallos en México y me muestra las pruebas de otra obra suya y de su mujer, un gran mosaico realizado en piedras de colores en el Monumento a la Revolución construido en San Benito, futuro centro gubernamental de la República del Salvador. El monumento, obra de los arquitectos Schulze y Reyes, es bien interesante por su sencillez y buen efecto, que ha sido realizado con la obra de los Cevallos, trabajando en equipo.

Más ¿dónde han estudiado, o de dónde ha salido esta pareja? Ella trabajó en obras murales en México, como ayudante de Diego Rivera; él había estudiado en San Carlos, se trata pues de artistas con antecedentes y con raigambre en nuestra



"se logró una estructura armónica, un muro curvo abierto al cielo"

tierra y nuestro arte. Pero, veamos la obra, terminada apenas el último diciembre.

Se eleva el muro de concreto sobre una planta de forma parabólica que tiene 16 metros entre sus extremos, si bien en la parte más alta alcanza 18; la altura del muro al fondo es de 21 metros y en las puntas altas llega a 24. Así se logró una estructura dinámica, un muro curvo abierto al cielo, al infinito. Es necesario darse cuenta de la concepción arquitectónica para comprender hasta qué punto los artistas dieron una solución pictórica que ajustándose a la estructura subraya su sentido dinámico. Y éste es el acierto fundamental, aunque no el único, del mosaico en piedra realizado por los Cevallos.

La idea básica fue: la libertad. Y qué mejor símbolo que un hombre bien firme en sus propios pies y extendiendo los brazos abiertos a lo alto, la cara vuelta al infinito, libre de toda atadura, respirando a pleno pulmón, desnudo. Es una figura colosal, resuelta en sintéticas formas, que expresa lo necesario de la mejor manera. Es al mismo tiempo gozosa y dramática. El fondo, de líneas dinámicas, completa el mural, de extraordinario efecto, porque el color de las grandes áreas es contrastado, pero está en relación con el paisaje circundante. La simplicidad de la concepción toda tiene grandeza y positiva monumentalidad. Los artistas han dicho lo que deseaban expresar con una economía de elementos que no restringe, antes potencia, la idea y su sentido dinámico. Mas aún, la figura queda estructurada por diagonales que forman una x y así viene a sugerir esa dimensión de misterio, de incógnita última de la existencia humana, libre o atada.

Ya se ve que cuando hay talento no se necesita recurrir ni a detalles ni a trucos, obras como esta hacen recordar lo que una vez dijo Orozco: que se pueden hacer maravillas con sólo un lápiz y un papel... cuando se puede.

La obra de los Cevallos en el Monumento a la Revolución en El Salvador da prestigio a sus autores —tanto como a los arquitectos— y viene a revelarnos unos nuevos artistas que, casi de improviso, se colocan por sus propios méritos en las primeras filas de esa modalidad de la pintura mural, tan antigua y tan moderna, que es el mosaico en piedras de colores. Las piedras pertenecen al lugar mismo y fue necesario buscarlas en el territorio salvadoreño, para cubrir los 425 metros cuadrados de la superficie del muro. Casi dos años tardaron los artistas en realizar su obra, pero, a todas luces, puede decirse que alcanzaron un buen éxito. Así, la pintura mural de mosaico en piedra viene a enriquecerse y el arte que México ha renovado en nuestro tiempo se extiende a regiones diversas para bien de la cultura del siglo xx.

Por ser obra de un artista mexicano y de su mujer salvadoreña podemos considerarla como nuestra, en el sentido de que no pueden sernos ajenos goces, dolores y realizaciones de los pueblos de parentesco tan cercano.

Es de desearse que los Cevallos prueben sus capacidades en México; no ha de faltar ocasión para que desarrollen más y más su experiencia. Por ahora no escatimemos aplausos a estos jóvenes artistas que con tan buen signo inician su carrera con los brazos abiertos hacia el porvenir.

E L C I N E

EL ÚLTIMO ACTO TORERO EL CAMINO DE LA VIDA

Por FOSFORO II

EL ÚLTIMO ACTO, película alemana de G. W. Pabst —que ojalá llegue a exhibirse alguna vez en México— relata los últimos días de Hitler y de la alta jerarquía nazi en los sótanos de la Cancillería en Berlín. Pocas veces se ha ejercido mayor violencia, física y moral, sobre el espectador. Pues de ese grupo de paranoicos que forman el núcleo de la cinta, Pabst va desplazándose (sin olvidar nunca su centro de partida, en un admirable alarde de contrapunto cinematográfico) primero a los hombres y mujeres anónimos —soldados heridos, telegrafistas, doctores, enfermeras, telefonistas— encerrados en el vasto laberinto de insignias y alambre, después al pueblo que espera pacientemente la derrota entre las ruinas de Berlín.

Microcosmos de víctimas y verdugos, *El último acto* posee un extraordinario, permanente valor como documento artístico del mundo contemporáneo. Pocos di-



"lucha, afirmación, miedo, vanidad"



"el camino de la vida también cumple una función de higiene"

rectores tan inteligentes ha dado el cine como G. W. Pabst: *La calle sin alegría*, *Un amor de Jeanne Ney*, *La ópera de cuatro centavos*, *Kamaradschaft* y, recientemente, *El proceso de Kafka*, son títulos que resumen una experiencia cinematográfica caracterizada por la emoción unida a la inteligencia, la expresión humana aliada a la preocupación histórica. La imagen dolorosa de las largas colas de pan, en *Die Freudschiessengasse*, era aún más patética por el contraste establecido mediante los toques de humor y sátira. Dotar de gravedad mayor un hecho, o una idea, gracias a la insinuación de su contrario, parece ser la fórmula, efectiva y, sobre todo, verdadera, del cine de Pabst. En esta ocasión, el tema central: el derrumbe del Valhala nazi, es de tal manera atroz que Pabst no se permite un contrapunto de humor. El contrario lo configura otra locura, la locura de la vida cuando se sabe que ésta se va para siempre, frente a la locura de la muerte de la camarilla hitleriana. El Führer, desorbitado, monologando frente a un retrato de Federico el Grande, tomando decisiones que tácitamente apresuran el desastre, buscando nuevas fórmulas de muerte; desatando al fin, ya impotente, el ansia criminal sobre su propio pueblo cuando manda inundar las estaciones del tren subterráneo donde se han refugiado los berlineses, experimenta una locura de muerte que, para él, significa el éxito. Al verlo pasear, enajenado, sediento de una gloria diabólica, nos damos cuenta de que, desde el primer instante, Hitler deseaba, se preparaba para este *Götterdämmerung*. Mientras tanto, en el bar del subterráneo, y a medida que el estruendo de las bombas se acerca, los soldados inválidos y las enfermeras asumen su derrota con una locura de vida: besos, caricias, bailes desencajados, la mecánica ex-